

JOSÉ ANTONIO PÁEZ
EN SESIÓN SOLEMNE DEL
CONGRESO, 25 DE JUNIO DE 1921
LAUREANO VALLENILLA LANZ

Solo mi intenso amor a la Patria, que me arrastra en todo momento a defender sus glorias y exaltar a sus grandes hombres, puede explicar que yo aceptara sin vacilaciones la honrosa designación hecha en mí por el Congreso para llevar la palabra en este acto solemne, cuando tantos hombres de verdadero talento existen en el seno de la Representación Nacional, que sin duda alguna pueden hacerlo con más brillo. Ha habido vanidad de mi parte, lo confieso. Pero de esa vanidad tienen la culpa mis colegas de ambas Cámaras, empeñados siempre en creerse superior a mis débiles fuerzas, y son ellos los responsables si, como es seguro, el orador no sabe colocarse a la altura de su cometido.

La tarea es difícil, porque yo no puedo venir aquí a entonar un epinicio a las inmarcesibles glorias de este día. Sería reproducir pálidamente el hermoso cuadro que acaba de trazar con elocuentes rasgos el orador cuya voz resonó hace poco con épicas vibraciones por todos los ámbitos de la inmortal llanura, sacudiendo de emoción, en aquel ambiente de epopeya, ante las brillantes divisiones del Ejército que, transfiguradas por el recuerdo, aparecían a los ojos de los espectadores como los propios

héroes de la inmortal jornada, el alma entera de este pueblo, que a través de todas las vicisitudes, de todos los desastres, de todas las tristezas, de todos los sacudimientos naturales en organismos que tienden a consolidarse, ha sabido conservar incólume la herencia que, hace una centuria, en este mismo día, a esta misma hora, entre los resplandores de la gloria y los hurras del triunfo, firmaron en Carabobo los libertadores de la Patria.

Y es ese amor constante, ese culto perenne, ese profundo sentimiento religioso que de generación en generación ha ido echando raíces cada vez más fuertes en el alma venezolana, el que nos ha permitido venir hoy aquí, arropados por una sola bandera, agrupados alrededor de una sola autoridad, sin los viejos odios de partido, sin recriminaciones sectarias, marchando juntos por una sola senda hacia la meta de aquellas nobles aspiraciones de libertad y democracia que, mucho más que el valor y que la ambición de glorias, ciñeron de laureles, en aquella batalla decisiva, las sienes radiosas de la Patria adolescente.

Ha sido ese culto religioso, ese noble fanatismo, que unifica hoy a grandes masas humanas en un solo sentimiento y las arrastra a todas las abnegaciones y a todos los sacrificios, el que, prevaleciendo por encima de luchas, de odios y de pasiones estériles, predisponía a los venezolanos a escuchar la voz de un gran patriota que, desde las cimas del poder, repitiera en un momento supremo de nuestra vida nacional las mismas palabras de unión y de confraternidad que en una tarde llena de sollozos brotaron de aquellos labios redentores, desde las cumbres de aquel otro calvario a donde llevaron a nuestro Libertador y Padre los que no supieron comprenderle. Por eso estamos hoy aquí, unidos, estrechamente unidos en el amor a la Patria y en la más fervorosa y más pura admiración a nuestros héroes. Algunos, muy pocos, faltan: son los rezagados naturales en toda marcha triunfal; son los que se quedan con sus odios, con sus locas ambiciones, con sus egoísmos irreductibles a la vera del camino, mostrando los puños airados e impotentes a los que pasan cantando, camino al porvenir...

Algo sucedió en Carabobo que fue la demostración más elocuente de la intensa evolución que en la masa popular habían hecho la idea y el sentimiento de la Patria; fue así, como si una hada misteriosa hubiera descendido en medio del combate a interponerse entre los venezolanos, divididos profundamente en aquella lucha de la tradición con las nuevas formas del derecho político y que la energía y el valor de nuestro pueblo convirtieron en un volcán de pasiones que destruyó en diez años el lento trabajo de tres siglos... ¿No es extraño, casi inexplicable, ver a los mismos hombres que con heroísmo rayano en el delirio, con la ferocidad de hordas invasoras, habían destruido la candorosa República de 1811, ahogado en sangre los frescos laureles de 1813 y asolado el país entero con los cascos de aquellos caballos que habrían relinchado de gozo bajo el peso de Atilas y de Tamerlanes; no es extraño verles, en aquella hora suprema para su causa y para su rey, tímidos, desalentados, casi deponer las armas ante sus antiguos adversarios? ¿Miedo? ¡No! Los soldados de José Tomás Boves no podían sentir nunca miedo. Ellos eran también hijos legítimos de esta tierra nuestra, ellos habían nacido en este mismo suelo, y esas cinco letras no traducen ningún sentimiento en el alma venezolana. Era que ya en el llanero indómito despertaba vigorosa la conciencia de una personalidad insospechada hasta entonces. Hacía diez años que derramaba su sangre en las batallas de la Independencia; que gritaba inconscientemente «¡Viva el Rey!» o «¡Viva la Patria!»; que enarbolaba heroico la bandera roja de los realistas o la bandera amarilla de los patriotas... pero en vísperas de Carabobo un horizonte inmenso se abría ante sus ojos: comprendía ya que su inmolación lo conducía a la igualdad política; que aquella cosa abstracta que llamaban la Patria, aquel nombre hasta entonces sin sentido, constituía para él un derecho: el derecho más sagrado que reconoce la humanidad; el derecho contra el cual no puede atentarse ni con el pensamiento sin cometer un gran crimen: el derecho de todo pueblo a gobernarse a sí mismo; el derecho de no depender jamás de poderes ni de influencias extraños.

Aquella imprecación del Decreto de Trujillo, «¡Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables!», traducida en hechos tangibles, había ido penetrando lentamente en el alma de nuestro pueblo. Allí mismo, en aquella batalla, un infeliz esclavo que había servido a las órdenes de Yáñez, que con la punta de su lanza invencible había firmado su carta de emancipación, ostentando las presillas de comandante, caía luchando por la Patria para subir a la inmortalidad.

Hay un episodio en la batalla de Carabobo, un simple detalle hasta ahora despreciado por casi todos aquellos historiadores que desdeñan los hechos pequeños, porque en realidad no caben dentro de la grandilocuencia perniciosa del romanticismo histórico, que tiene, en mi concepto, una inmensa significación, porque trazó un preciso rumbo a la evolución de Venezuela. Páez, en medio del combate, cuando llegaba al vértice del heroísmo, cae del caballo presa de aquella convulsión que no era sino el desbordamiento de un valor que no cabía dentro de la débil estructura humana. ¿Y quién lo recoge del suelo, amorosamente, como se recoge a un niño para sustraerlo del peligro? Antonio Martínez, el antiguo soldado de Boves, «llanero de Calabozo que había servido siempre a los españoles con justa fama de ser una de sus más terribles lanzas» —como dice el mismo Páez— y quien unos años antes habría segado aquella cabeza para enarbolarla ensangrentada como el más glorioso trofeo, salva en Páez al hombre representativo de Venezuela, a la más genuina expresión de nuestra democracia, forjada en las fraguas ardientes de la guerra, al único brazo capaz de contener los impulsos depredadores de las montoneras victoriosas, avezadas a luchar contra la naturaleza, en medio de las vicisitudes de una existencia precaria, sin vinculaciones en el hogar, sin las disciplinas de la escuela y de la iglesia, sin los estímulos de la propiedad y de la industria, en quienes el sentimiento igualitario reventaba a cada paso como una explosión de pasiones indomables. Apenas recobrado el sentido, Páez recibía del Libertador, en nombre del

Congreso de la Gran Colombia, el grado de general en jefe; y aquel gesto incomprensible del llanero realista decide la suerte futura de Venezuela y da a la batalla de Carabobo su carácter político interno más trascendental: el pueblo ennoblecido por el heroísmo y coronado por la gloria, la democracia consagrada por las manos mismas del Libertador en aquella victoria decisiva para la emancipación de la América.

¿Qué habría sido de Venezuela si el general Páez sucumbe en Carabobo? ¿Quién como él poseía en tan alto grado las facultades necesarias para imponer en la paz la misma disciplina del campamento; para contener aquellos impulsos depredadores, tanto más terribles cuanto más instintivos; para recordar a cada paso a los Farfanes y Aramendis que la dirección de una sociedad, que el gobierno de una nación, no se asaltan como una flechera enemiga? El triunfo tumultuoso de la democracia, «si bien producía la soberanía popular, era impotente para producir la libertad en el orden», que no es, como ya lo estamos viendo, sino la resultante de una organización adecuada, de un largo y fecundo período de paz y de regularidad administrativa que, por el respeto a la autoridad y el amor al trabajo, proteja ampliamente el funcionamiento regular de todos los derechos.

Hubo entonces un hombre ilustre, un varón eminente, uno de los mentores más sabios que tuvo la Patria, conocedor profundo de nuestro pueblo, cuya palabra y cuya pluma estuvieron siempre al servicio de una conciencia honrada y de un raro valor intelectual, que jamás lograron oscurecer ni hacer vacilar las exóticas teorías de una política idealista, que en sus funestas proyecciones debía llegar hasta poner el puñal parricida en las manos de los conjurados de septiembre; un gran patricio que ya en el Congreso de Angostura había proclamado la necesidad de los gobiernos fuertes, dando el frente a los arrogantes utopistas saturados de ilusión: Fernando de Peñalver, a quien Bolívar llamó el Néstor de Colombia, preconizaba desde esta misma ciudad, que tantas veces fue teatro de su gran carácter y de

su valor cívico inflexibles, la conveniencia para nuestro pueblo de mantener por mucho tiempo en el poder un conductor virtuoso, cuyo ejemplo sirviese de modelo «particularmente a los que han hecho servicios importantes y que por esta razón se consideran con derechos que no tienen ni pueden pertenecer a ninguna persona».

Se refería el señor Peñalver, seguramente, al Libertador; pero el papel de Bolívar era otro. Su escenario se dilataba por todo el continente; él era el más alto representante de la causa general de la Independencia de América; por eso fundó la Gran Colombia, por eso llevó sus armas redentoras desde el Orinoco hasta el Pilcomayo; por eso soñó, antes que nadie, una sociedad de naciones, una gran confederación de los pueblos recién emancipados, para ser regidos por un solo código internacional...

¿Y quién sino Páez, después de Bolívar, podía ser en Venezuela aquel ductor enérgico que edificara con el ejemplo, capaz, por la autoridad de su valor y el prestigio de su gloria, de contener y dar dirección a aquellas fuerzas poderosas para ponerlas al servicio de la paz y de la organización nacional? Desgraciadamente, no quiso serlo o no pudo serlo; no tuvo la clara visión del porvenir; su carácter vacilante y la falta de una experiencia política imposible de adquirir en un pueblo que nacía a la vida independiente lo entregaron sin resistencias a las sugerencias de los utopistas y a las pasiones de los reaccionarios. Los hombres que han tenido en sus manos la dirección suprema de un pueblo en momentos difíciles saben cuál es la fuerza moral y la superioridad de carácter que se necesitan para resistir al embate de tantas pasiones, de tantas sugerencias, de tantas codicias, de tantos intereses en pugna. Contenerlos, dominarlos para no dejar prevalecer en el instante preciso sino el interés supremo de la Patria requiere dotes muy superiores a las que dan la victoria en los campos de batalla. Páez fue, al fin, el jefe de un partido, cuando él era el jefe nato de la República, tácitamente designado por el mismo Libertador, desde que, relevándole de toda responsabilidad en la revolución del 26,

que estalló en esta ciudad y rompió de hecho y de derecho la unidad ficticia de la Gran Colombia, lo declaró en presencia de sus conmitones el primer hombre de Venezuela y, reuniendo en un solo cuerpo los departamentos en que estaba dividido el país, los confió a su autoridad única, revistiéndolo de amplias facultades. Fue el jefe de un partido después de haber presidido brillantemente la reconstitución de la República. Se dejó arrastrar por los que creían ciegamente en la eficacia de los principios, en la infalibilidad de ciertos dogmas constitucionales, y tras una larga serie de vacilaciones y contradicciones llegó hasta empuñar el estandarte de la guerra civil; y las consecuencias no se hicieron esperar...

El héroe de Carabobo atravesó un día, en una hora de vergüenza para la Patria, cargado de grillos y entre la mofa y los vejámenes de sus enemigos, aquella misma llanura que había sido el teatro de sus más excelsas glorias...

Años más tarde, entre el fragor de una nueva lucha que al fin debía alejarlo de la Patria, con el alma llena de las más horribles amarguras, el general Páez debía visitar por última vez el campo de Carabobo... Es que esta tierra heroica, este suelo legendario, aparece en la historia de tal manera consustanciado con la vida misma del héroe incomparable, que es imposible hablar de Carabobo sin hablar de Páez.

Finalizaba el año de 1861. El grito de Federación, incomprensible para masas ignaras que lo interpretaban como bandera de comunismo y de reivindicaciones democráticas, arrastraba a los pueblos a la matanza y al botín. Los hombres del Gobierno, hombres civiles en su mayoría, eran incapaces de dar unidad de acción a los suyos y de inspirar respeto a los contrarios. Ni siquiera pudieron aprovecharse de la muerte inesperada de Zamora para imponer la paz a la República. Odios, rivalidades y ambiciones oscurecían la razón hasta de los más ilustrados y bondadosos. Si en las filas de la Federación había desaparecido el jefe, con el balazo misterioso de San Carlos, aquel que los

revolucionarios del 58 habían escogido para huir de Páez había desaparecido vergonzosamente de la escena a donde lo trajeron, por un error inconcebible, hombres tan eminentes y patriotas como Pedro Gual, Fermín Toro, Manuel Felipe de Tovar y Wenceslao Urrutia, viciando las fuentes mismas de una revolución que pretendía reaccionar contra el personalismo de Monagas, en nombre del más puro, del más bello romanticismo político que, como un torrente de elocuencia, se desbordó por los labios de los convencionales reunidos en esta ciudad, quienes una vez más caían en el error de creer que los pueblos se regeneran con discursos elocuentes, con artículos de periódicos o con puros preceptos constitucionales.

El general Páez, vuelto del destierro, estaba allí para desmentirlos, y tras una larga serie de sucesos desgraciados para el partido del Gobierno, el poder vino a caer por último en las manos ya vacilantes del anciano caudillo, que, creyendo sinceramente hacer un beneficio a su Patria, asumió la Jefatura Suprema, prescindiendo de las fórmulas bizantinas a que le habían habituado sus mentores desde 1830. Su primer pensamiento fue hacer cesar la guerra; pero nada más difícil en medio de aquel desbordamiento de pasiones... Páez intentó aquella conciliación e, invocando la Patria con una sinceridad que nadie puede atreverse a poner en duda, invitó al jefe de la Revolución Federal a celebrar unas conferencias que tuvieron lugar a inmediaciones del campo de Carabobo.

Eduardo Blanco, con aquella grandilocuencia suya que hacía adivinar a cada instante al egregio cantor de «Venezuela heroica», nos refirió muchas veces este episodio, que no se sabe por qué causa dejó inédito. Él era en aquella época sumamente joven, casi un niño, y servía de edecán al insigne guerrero.

Un día, durante las conferencias, el general Falcón manifestó al general Páez el deseo de visitar juntos el campo de Carabobo, para escuchar de los propios labios del héroe el relato de la inmortal jornada. Era imposible que las pasiones políticas amenguaran siquiera en aquellos jóvenes guerreros la profunda

admiración que debía inspirarles el glorioso anciano; porque si alguna fibra siempre vibrante existe en nuestro pueblo, es el amor vehemente por las glorias sagradas de la Patria, que aún en medio de todos los desastres, de todas las tristezas a que nos condujeron los odios de partido, ha sido siempre como el principio vital que mantiene incólume la existencia de la nacionalidad, y Páez constituía la encarnación misma de nuestro pasado legendario.

Eran las cinco de la mañana, y por el camino que conduce a la planicie marchaban confundidos los dos grupos disidentes, dando tregua a aquella cruentísima lucha que ya duraba dos años y que fatal y desgraciadamente iba a continuar por tres más, hasta dar el triunfo a los que, quizás sin saberlo, por una de esas contradicciones tan frecuentes en las revoluciones políticas, representaban aquella corriente democrática avasalladora que surgió con la Independencia y cuya más alta significación fue el señor de las llanuras.

Páez era ya octogenario. Los que le conocieron en aquella época recuerdan que un temblor nervioso agitaba constantemente su todavía vigorosa naturaleza... Al desembocar en la llanura detuvo de repente el caballo; se quitó el sombrero; la fresca brisa de la mañana puso en desorden sus escasos cabellos, completamente blancos; sus ojos mortecinos vagaron largo rato por el campo, como para fijar los recuerdos de aquel día de gloria, y en medio del profundo silencio que se hacía a su alrededor lanzó un grito lleno de emoción...

—Por aquí...

Y, poniendo el caballo al galope, iba señalando con la derecha, a tiempo que en la izquierda se le agitaban las riendas, los episodios más heroicos de la batalla... Y con una voz como entrecortada por los sollozos iba diciendo: —Por allí; por allí bajé yo... Más acá debía estar la Legión Británica... ¡Sí! ¡Allí fue!... Y, dominado cada vez más por la emoción que como una corriente eléctrica se trasmitía a los que le escuchaban, no se le oían a veces, ahogados por el trote de los caballos y el latir de los corazones, sino

los nombres, los nombres gloriosos e imperecederos de aquel gran día de la América.

—Apure, Barbaastro, Hostalrich, Valencey, Granaderos, Rifles... Cedeño, Plaza, el Primero...

Y, al llegar al centro de la planicie, deteniendo el caballo, descubriéndose con religioso respeto, como si la sombra augusta del Padre de la Patria llenara en aquel momento la inmensidad del espacio, murmuró con una voz que resonó como un eco de ultratumba:

—¡El Libertador!

Entonces Falcón, rompiendo aquel silencio solemne, impotente para contener la emoción que lo ahogaba, agarrando a Eduardo Blanco por un brazo, lanzó un grito que repercutió como un toque de clarín por toda la extensión de la llanura:

—¡Oye, niño; oye al mismo Aquiles contando sus proezas!

Desgraciadamente, aquella no fue sino tregua fugaz en que la Patria, con la poderosa sugestión de sus glorias inmarcesibles, apagó por un instante el voraz incendio de las facciones en lucha. La guerra continuó con la misma intensidad, y Páez, al fin vencido, pero rodeado de respetos y de consideraciones que honrarán eternamente la memoria del caudillo de la Federación, emprendió para siempre el camino del destierro.

No es en vano, señores, que yo haya querido mezclar en este momento los recuerdos gloriosos de la Independencia con los tristes y lamentables recuerdos de las guerras civiles... La lección no puede ser más elocuente para las nuevas generaciones, porque nuestro pueblo derrochó en aquellas bregas fratricidas, en el seno de un hogar ya constituido, el mismo valor, las mismas energías con que tan brillantemente había contribuido a la emancipación de la América y a la creación de nacionalidades; y que hoy, puestos al servicio de la paz y del engrandecimiento de la Nación, por la acción eficiente y las sanas y fuertes energías del eminente hombre de Estado que rige sus destinos, hacen que Venezuela ocupe un puesto de honor entre los pueblos que, impulsados por un noble propósito de confraternidad y de justicia, marchan juntos hacia la

realización de aquel hermoso sueño que constituyó el ideal supremo de nuestro gran Libertador.

Laureano Vallenilla Lanz, *En sesión solemne del Congreso de Valencia el 25 de junio de 1921, en Veinte discursos sobre el General José Antonio Páez*, 13 vols.(Caracas, 1973), XIII, pp. 163-172.